

# Un día cualquiera

Por el Mítico

Si no hubiese muerto aquella mañana, Mauricio se hubiera convertido en un gran escritor. Las estrellas decían que revolucionaría el mundo de las Letras, que sería el primer novelista salvadoreño aclamado mundialmente y que, a través de sus escritos, mostraría a la humanidad entera la realidad de El Salvador.

Pero las estrellas no conocen de antemano los designios del cuchillo, y por eso se equivocaron. Mauricio no murió de viejo en una cama, con una sonrisa en los labios y una mano cálida bajo la suya, como estaba previsto.

La muerte le reclamó cincuenta años antes, en una de las concurridas calles de San Salvador. Era un día igual que este.

Es de mañana, y el centro de San Salvador bulle de actividad. Dejemos a un lado a los muchos vendedores que se aglutinan en las aceras y calles, vendiendo comida, libros, ropa y todo lo que alguien sea capaz de comprar; y los autobuses que se atascan en las angostas calles, haciendo sonar cláxones de mal humor y amenazando con atropellar a un par de transeúntes distraídos.

Posteriormente podremos debatir cuanto queramos sobre el lugar donde deberían estar los vendedores y la actitud que deberían tener los conductores de autobuses; pero, por el momento, estas cosas no nos interesarán.

Mejor veamos qué hay entre los edificios viejos y deteriorados, cruzando el humo, las calles y las aceras: Un mar de personas que se metamorfosea a cada instante, que baila con el aroma rancio del sudor y la tensión laboral; una multitud que se mueve sin tregua, hacia un lado y hacia otro. Algunos son estudiantes, otros son trabajadores.

Aquí no hay grandes asalariados ni empresarios. Aquí va el pueblo, el que coloca un huacal bajo la gotera y cuenta el dinero antes de subirse al autobús.

Allá va María José, la prostituta regordeta y de nalgas caídas que siempre soñó con ser presentadora de noticiario. ¿Te la imaginás? Junto a Dianna Escobar, vestida con un traje formal y sin el maquillaje excesivo que caracteriza a las prostitutas, diciendo que han matado a no sé cuántos a saber dónde. Sería famosa, estaría satisfecha de su vida... y no se preocuparía por tener cada noche el dinero suficiente para comprarle la comida a su pequeño hijo, Jonathan.

Mientras se pierde en el gentío pensando en su hijo, miremos hacia otra parte. En la otra acera camina Otoniel, un adolescente delgado vestido con el uniforme de la escuela. Ha pasado tardes enteras escribiendo y reescribiendo el poema que este día dará a Jocelyn, su amor secreto. Mientras camina hacia el centro de estudios, planea cómo darle los versos aprisionados a su amada.

Más adelante, Wilmer se detiene en seco, arquea las cejas y se apresura a recoger la moneda de veinticinco centavos que recién ha encontrado abandonada en la acera. Un par de mujeres chocan con él y le golpean con improperios, pero él no les presta atención. Con una sonrisa dibujada en sus labios, guarda la moneda en el bolsillo de su viejo pantalón y sigue caminando hacia el lugar donde trabaja.

Como has notado, lo que vemos es más que una marea de personas; es una maraña de historias entrecruzadas, de cuentos de clímax brutales y finales agridulces. Cada una de esas personas son preocupaciones, intereses, dudas y motivos de felicidad distintos, pintando en su conjunto un mosaico incoherente al que raramente prestamos atención.

Entre ellos podrían estar los padres del próximo presidente del país, un futuro homicida o el verdadero amor de tu vida. En este mar puedes encontrar cualquier cosa: Muchas María José, innumerables Otoniel y un sinfín de Wilmer.

Pero ellos no nos interesarán por el momento. Después podremos seguir a cada uno a sus lugares de destino; conocer a Jonathan, saber qué dice Jocelyn al escuchar los versos de su admirador y averiguar qué hace Wilmer con el dinero que encontró.

Ahora concentrémonos en Mauricio, quien en estos momentos está cruzando la calle.

Es un joven de dieciocho años, cuerpo delgado y estatura alta. Su tez es morena; su mirada, tan despreocupada como la de cualquier persona de su edad. Viste un pantalón holgado y desteñido y una camiseta verde con una ilustración de las tortugas ninja en la parte frontal.

De su hombro cuelga un bolsón negro, viejo y gastado, con un agujero en la parte superior; de su cuello, una cadena de oro en cuyo extremo pende un hombre crucificado.

Su madre le regaña a cada momento por salir a la calle con el mencionado objeto a la vista, pero él finge que no la escucha. Ella no comprende que lo que cuelga de su cuello es más que un adorno; es el ancla que le hace mantenerse firme en los momentos de adversidad.

Mauricio camina hacia la universidad.

Cada mañana se convierte en una fracción de una marea humana y cruza el centro de San Salvador, con su viejo bolsón y los libros de legislación que guarda dentro. A veces no lleva la cadena, a veces sí. Depende de los ánimos con que se despierta.

Este día el cielo está despejado y desayunó un par de pupusas, cosas que le ponen de buen humor; por eso lleva la cadena...

Pero estoy divagando. Como decía, camina hacia la universidad, donde estudia una licenciatura en Ciencias Jurídicas.

Es uno de los mejores estudiantes de su carrera, pues no le resulta tedioso —Al menos no demasiado— el leer libros enteros sobre leyes y memorizar los puntos más importantes. Le agrada descubrir lagunas legales, discutir tranquilamente y flirtear con sueños sobre un futuro prometedor en el mundo de la abogacía.

Pero lo que le realmente le apasiona es la escritura. Es algo tan íntimo para él, la unión entre su mente, su mano, el papel y la tinta, que pocos son los amigos a los que ha confiado tal secreto. Es lo que lo mantiene cuerdo, el catalizador de sus frustraciones y la herramienta con la que puede ver cualquiera de sus sueños hecho realidad.

Escribe desde que tiene doce años, y no se imagina un futuro sin hacerlo.

Como ya he dicho, hubiese sido un escritor famoso si no hubiese muerto esa mañana.

### **[Algunos días antes, en la universidad]**

— ¿Y sabés qué dijo luego?—preguntó Xenia con expresión grave, como si su interlocutor conociera la respuesta a su interrogante. Lanzó una breve mirada al cielo, parpadeó varias veces para contener las lágrimas y continuó, ahora con voz entrecortada—Que soy una... pendeja... por haber agarrado Ciencias Jurídicas.

Bajó el rostro mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas y se encontraban en el mentón. Dejó escapar algunos sollozos y se estremeció sobre la banca. Quería un par de brazos que la arrullaran, un cuerpo que la calentara y una voz que le susurrara al oído que su madre lo había dicho sólo por estar molesta; pero Mauricio no hizo nada.

Permaneció sentado a su lado, sin saber qué hacer. Quería abrazarla, pero no sabía cómo hacerlo ni si eso era lo que ella quería. Se limitó a decir:

—No le hagás caso...

—Es que... ¿Sabés por qué lo dice?—le interrumpió ella, entre hipidos. Se enjugó las lágrimas y los mocos con el dorso de la mano—Ella sabe que agarré esa carrera por mi papá, y ella lo odia. Es que... Ya lo sabía, pero... ¡Putá, es que es difícil no quererlo! Pero no sólo es eso...

—Mirá, ella dice eso porque...

— ¡Putá, Mauri!—exclamó ella, cubriéndose el rostro con ambas manos mientras sucumbía ante los sollozos. Cuando pudo calmarse, continuó—: Ella siempre dice que las Ciencias Jurídicas son puras pendejadas... No sólo porque mi papá sea

abogado... Es que dice que todo lo de las Leyes y los derechos y todo eso son puras pendejadas...

Mauricio no dijo nada. Cualquier palabra que hubiera salido de su boca sólo habría servido para recalcar la importancia de los derechos humanos y las leyes, según lo que había aprendido primero en la escuela y posteriormente en la universidad.

— ¿Sabés qué es lo peor?—preguntó ella, ahora más calmada—Que tiene toda la razón. Todo eso es una mierda. ¿Cómo se puede creer en derechos humanos en un país como este? ¿Cómo se puede respetar a alguien que no conocés, si esa persona te puede robar, violar o matar? Los derechos humanos no están hechos para El Salvador; las leyes no se cumplen aquí.

—Pero eso no significa que sean una mierda...

—Aquí sí—dijo ella—. No podés respetar todos los derechos de los demás, ni podés hacer respetar los tuyos, porque te buscás problemas; y si eso sucede con los derechos, es lo mismo en el ámbito legal. Tenés que vivir a costa de los demás o irte al norte...

Calló de pronto, y dirigió una mirada de disculpa hacia Mauricio.

—Perdón—susurró.

—No importa—dijo él—. Ya pasaron siete años.

Mauricio está sentado junto a la ventana del autobús, sin nadie a su lado. Mira hacia el exterior, hacia las atestadas calles del centro de San Salvador, mientras reflexiona sobre cómo decirle a Xenia que la quiere. A su alrededor estalla la voz de un hombre que se hace llamar "Víctor el nazi", pero él no le presta atención.

Tampoco al hombre que se sienta repentinamente junto a él...

Hasta que un cuchillo toca la piel de su brazo y le aparta de sus cavilaciones. Cuando voltea a ver a su lado, sus ojos se encuentran con los de un hombre bajo, moreno y con expresión rabiosa.

— ¡Dame todo, hijueputa!—exclama éste, haciéndose escuchar por sobre el ruido del nazi. Mueve el cuchillo en círculos, como describiendo la forma en que podría destajarle— ¡Va pues, hijueputa, rápido! ¡Apurate!

Mauricio está asustado. Le han asaltado en otras ocasiones, pero esta vez siente algo especial. Algo en su interior susurra que esta ocasión es diferente a las demás. Rápidamente, con el corazón amenazando con estallar, mete las manos en sus bolsillos y saca los cinco dólares que lleva.

Pero el ladrón no sólo quiere eso. Toma la cadena de oro con una mano y, cuando está a punto de jalarla, su víctima le empuja, rugiendo:

— ¡Eso no, eso...!

Cuando el cuchillo se introduce en su costado, Mauricio siente que todos los músculos de su abdomen se contraen, sus manos buscan instintivamente la herida sangrante y un grito surge por entre sus labios...

«Perdón, papá.»

### **[Siete años antes]**

Mauricio sintió que una mano cálida y áspera se posaba sobre sus cabellos y, tras una breve vacilación, los desordenaba cariñosamente. No necesitaba alzar la mirada y enjugarse los ojos para saber que su padre había entrado en su habitación mientras él estaba perdido en sus recuerdos y reflexiones.

No dijo nada en aquel momento. Un niño de once años no sabe qué decir cuando su padre está a punto de partir hacia los Estados Unidos y su corazón le dice que no lo volverá a ver. Es como si todos los superhéroes del mundo murieran bajo las garras de sus enemigos y todos los colores se convirtieran en tonalidades de gris.

Es en ese momento cuando comienza a madurar, y llega a la conclusión de que nunca le ha demostrado a sus seres queridos cuanto valen para él. Pero no fue un “te quiero” lo que salió de sus labios; las palabras fueron otras, pero el significado fue el mismo.

— ¿Por qué te tenés que ir?

En ese instante sintió que algo se deslizaba sobre sus cabellos, hasta quedar colgando de su cuello. Era una cadena de oro, con un hombre crucificado en su extremo.

—Porque te quiero—dijo su padre.

Fueron las últimas palabras que Mauricio escuchó de él; las mismas que, mientras moría, se repetían una y otra vez en su mente.

Su padre pereció en algún lugar de México, mientras intentaba llegar adonde podría obtener una vida más justa y el dinero suficiente para que su familia viviera económicamente estable. No importaron sus derechos, ni el valor de su vida.

La muerte no conoce esas palabras.

En sus oídos se produce una extraña mezcla de sonidos: Una canción, muchos gritos y algunas exclamaciones ahogadas. No les presta atención.

Su cabeza cae hacia adelante, golpea el asiento delantero con un sonido seco y lentamente se desliza hacia un lado. Oye pisadas que corren, improperios, llamadas de auxilio.

Alguien le sostiene y le dice algo que él no intenta escuchar. No entiende bien lo que sucede a su alrededor, pero sabe que está a punto de morir y que ya no tiene la preciada cadena en el cuello. En silencio, mientras todo se oscurece a su alrededor, pide perdón a su padre muerto...

Y reza por que él lo esté esperando.

El mar sigue agitado, sus olas rompiendo contra las aceras y deshaciéndose en girones de impredecible pasos. Los gritos que proceden del bus se ven ahogados por el barullo de los vendedores que anuncian con voz chillona y estridente sus productos; por el claxon de los autobuses, microbuses y automóviles que se ven atorados a estas horas de la mañana; por la música que procede de todas partes: de la boca del vagabundo, de las bocinas del autobús, de la radio de la prostituta.

María José está en algún lugar, charlando con algunas amigas sobre su hijo y las monerías que hizo anoche; Otoniel acaba de llegar a su escuela, dispuesto a declararle su amor a la niña que diez años después habrá sido borrada de su memoria; y en algún lugar, Wílmer se entrega al placer de saborear una cemita humedecida en café amargo.

Es un día cualquiera en el centro de San Salvador, y un mosaico de vidas se pinta sobre sus calles.

Héctor González Guerrero

Escrito del 26 al 28 de febrero de 2011